

Huir de la justicia

Alice Goffman

Huir de la justicia

La vida fugitiva en una ciudad
estadounidense

Traducción: Nahuel Roldán

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alfredo Alfonso

Vicerrectora
Alejandra Zinni



Bernal, 2023

Colección Crímenes y violencias
Dirigida por Esteban Rodríguez Alzueta

Goffman, Alice
Huir de la justicia: la vida fugitiva en una ciudad
estadounidense / Alice Goffman. - 1a ed. - Bernal:
Universidad Nacional de Quilmes, 2023.

344 p.; 20 x 14 cm. - (Crímenes y violencias / Esteban
Rodríguez Alzueta) - Traducción de: Nahuel Roldán.

ISBN 978-987-558-855-4

1. Etnografía. 2. Antropología Urbana. 3. Ensayo.
I. Roldán, Nahuel, trad. II. Título.

CDD 305.800973

Traducción: Nahuel Roldán

© 2014 by The University of Chicago, Picador Books
On the Run: fugitive life in an American city

© Alice Goffman, 2023

© Universidad Nacional de Quilmes, 2023

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

ediciones.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-855-4

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prólogo	9
Agradecimientos	13
Prefacio	17
Introducción	23
Capítulo I. Los chicos de la Calle Sexta y sus enredos legales	35
Capítulo II. El arte de estar huyendo	53
Capítulo III. Cuando la policía llama a tu puerta	93
Capítulo IV. Convertir los problemas legales en recursos personales ..	137
Capítulo V. La vida social de los jóvenes criminalizados	159
Capítulo VI. El mercado de las protecciones y los privilegios	199
Capítulo VII. Gente limpia	227
Conclusión. Una comunidad fugitiva	267
Epílogo. Abandonando la Calle Sexta	281
Apéndice. Una nota metodológica	283

Prólogo

Mike, Chuck y su amigo Alex estaban tirando dados contra la pared de la escuela primaria. Se aproximaba una medianoche bastante fría para mediados de septiembre en Filadelfia. Entre los lanzamientos, Chuck juntó sus manos y sopló calor en sus dedos.

Mike usualmente ganaba cuando los chicos jugaban dados, y esta noche él se estaba frotando las narices, encogiéndose de hombros en un pequeño baile de la victoria cuando agarró los billetes de dólar del suelo. Después de un par de nueves, Alex comenzó con Mike:

—Eres un hijo de puta egoísta, amigo.

—Los *niggas* siempre van a odiar —sonrió Mike.

—Te crees mejor que todo el mundo, amigo. ¡Pero no... eres una mierda!

Chuck se rio suavemente de sus dos mejores amigos. Luego bostezó y le dijo a Alex que cerrara su culo gordo antes de que los vecinos llamaran a la ley. Poco después, Chuck dio por terminada la noche. Mike dijo que iba a comprar *cheesesteaks* con lo que había ganado y me preguntó si quería acompañarlo.

—¿Puedo pedir un *cheesesteak*? —intervino Alex.

—Amigo, lleva tu culo gordo a casa —se rio Chuck.

—¡¿Oh, me tengo que ir caminando?!

Mike y yo estábamos a medio camino de la tienda en su auto cuando su teléfono celular comenzó a sonar. Cuando atendió la llamada pude oír los gritos del que llamaba. Mike gritó: “¿Dónde estás? ¿Dónde estás?”.

Hizo girar el viejo Lincoln y se dirigió de nuevo a la Calle Sexta, deteniéndose frente a la tienda de la esquina. Allí, con las luces delanteras, vimos a Alex, que pesaba más de 100 kilos, acurrucado junto al cordón, aparentemente buscando algo. Cuando nos miró, la sangre fluyó de su rostro hacia abajo de su camiseta blanca, y manchó sus pantalones y botas. Alex murmuró algo que no pude entender, y luego me di cuenta de que estaba buscando sus dientes. Comencé a buscar en el suelo con él.

“—Alex —dije—. Tenemos que llevarte al hospital.” Alex sacudió la cabeza y levantó la mano, esforzándose por articular palabras con sus labios destrozados. Seguí suplicando hasta que finalmente Mike dijo: “No va a ir, carajo, así que deja de insistir”.

En ese momento recordé que Alex seguía en libertad condicional. De hecho, estaba bastante cerca de completar sus dos años de supervisión. Temía que los policías que abarrotan la sala de emergencia local y consultan en su base de datos los nombres de los jóvenes negros que entran por la puerta lo detuvieran en el acto o, al menos, le impusieran una infracción por romper las condiciones de su libertad condicional. Si eso sucedía, estaría de vuelta en la cárcel, y sus dos años de cumplimiento en el exterior estarían perdidos. Varios de sus amigos habían sido detenidos en el hospital cuando buscaban atención por heridas graves o intentaban asistir al nacimiento de sus hijos.

Mike se quitó la camisa y se la dio a Alex para que se quitara la sangre de la cara. Chuck ya había vuelto y lo ayudó con cuidado a subir al asiento delantero del auto de Mike. Fuimos a mi departamento a pocas cuadras de distancia. Limpiamos un poco a Alex, y luego comenzó a explicar lo que había sucedido. En su camino a casa después del juego de dados, un hombre con una capucha negra salió de atrás de la tienda de la esquina y lo llevó al callejón apuntándolo con una pistola desde la espalda. Este hombre lo golpeó

varias veces con la pistola, tomó su dinero y le estrelló la cara contra la pared de hormigón. Más tarde, Alex descubrió que este hombre lo había confundido con su hermano menor, que aparentemente le había robado la semana anterior.

Durante las tres horas siguientes, Mike y Chuck hicieron una serie de llamadas inútiles para localizar a alguien con conocimientos médicos básicos. La joven madre del hijo de Mike, Marie, estaba estudiando para convertirse en auxiliar de enfermería, pero últimamente no había estado hablando con él —no desde que lo había encontrado engañándola y le lanzó un ladrillo a la ventana de su automóvil—. Finalmente, hacia las seis de la mañana, Alex se puso en contacto con su primo, que se acercó con una bolsa de plástico llena de gasa, agujas y yodo, y le cosió el mentón y la piel alrededor de la ceja. Seguramente tenía la mandíbula rota, así como la nariz, pero no podía hacer nada al respecto.

La tarde siguiente, Alex regresó al apartamento que compartía con su novia y su hijo pequeño. Mike y yo fuimos a visitarlo esa noche. Volví a rogarle a Alex que buscara tratamiento médico, y él volvió a negarse.

Toda la mierda por la que he pasado [para terminar la condena de libertad condicional], es como si fuera a registrarme en urgencias y viniera la policía haciéndome todo tipo de preguntas y anotando mi información, y antes de que te des cuenta estoy de nuevo allí [en prisión]. Incluso si no están allí para mí, algunos de ellos probablemente me van a reconocer, entonces ellos van a venir, escarbar mi mierda [comprobar su nombre en la base de datos de la policía bajo órdenes de detención abiertas]. No debo estar ahí fuera [las condiciones de su libertad condicional le prohibían estar cerca de la Calle Sexta, donde fue herido]; tampoco puedo estar fuera a las dos de la madrugada [su toque de queda era a las 10 de la noche]. Además, es posible que todavía tengan esa cosa [orden de detención] contra mí en el condado de Bucks [por las tasas judiciales que no pagó al final de un juicio dos años antes]. No quiero que hagan aparecer mi nombre y que luego tenga que ir al juzgado o me vuelvan a encerrar.

En ese momento su novia salió de la habitación, pasó las manos por los pantalones y dijo: “Tiene que ir al hospital. Es mejor pasar seis meses en la cárcel a que no puedas hablar o masticar comida. Eso es el resto de tu vida”.

El ataque de Alex ocurrió hace más de diez años. Aún le resulta difícil respirar por la nariz y habla con un ceceo apagado. Sus ojos no están en el mismo nivel en su rostro. Pero no volvió a la cárcel. Alex cumplió con éxito su condena de libertad condicional, una hazaña de suerte y determinación que solo consiguieron él y otro chico de su grupo de amigos.

Agradecimientos

Por una década de generosidad y amistad, agradezco a la señorita Deena y a sus nietos, Aisha y Ray; a la señorita Regina y a su hijo Mike; y a Ronny, Anthony, Steve, Josh y a la familia Taylor: el señor George, la señorita Linda y sus hijos, Chuck, Reggie y Tim. A lo largo de muchos años, Mike, Chuck y Reggie aportaron una importante ayuda en la investigación y en la redacción; Reggie aportó la suya desde la celda de la cárcel.

Mis padres, William Labov y Gillian Sankoff, hicieron comentarios cruciales sobre los borradores de la obra, en cada paso del camino hasta el manuscrito final. Su apoyo incondicional, así como el de mi hermana, Rebecca Labov, y el de toda la familia DelGuercio, hicieron posible el libro.

En Penn, Elijah Anderson supervisó la tesis de licenciatura que escribí sobre las luchas de los chicos de la Calle Sexta. Espero que estas páginas pongan de manifiesto hasta qué punto sus ideas siguen inspirándome. David Grazian, Charles Bosk, Randall Collins y Michael Katz también ofrecieron libremente su tiempo y asistencia, uniéndose a Elijah para proporcionar una vibrante comunidad intelectual para que una joven realizara etnografía urbana. Muchos de estos primeros mentores siguieron prestando su consejo y apoyo mucho después de que dejara Penn, y estoy en deuda con ellos.

En Princeton, Mitch Duneier se dedicó a mi formación sociológica con más cuidado y atención de lo que merece cualquier estu-

dian de posgrado. La etnografía es una tradición que se transmite de profesor a estudiante en un conjunto de sensibilidades y prácticas que se transmiten en momentos de desconexión y conversaciones entre paréntesis. A lo largo de muchos años, Mitch inculcó estas formas de ser etnográficas, transmitiendo las ideas de sus maestros y las suyas. Una lección que destacó por encima de las demás: la importancia de investigar el mundo social tratando a las personas con respeto. Sus contribuciones a la investigación y a la redacción de este libro son más de lo que puedo expresar aquí; es un maestro en el más alto sentido de la palabra.

Viviana Zelizer, Paul DiMaggio, Devah Pager y Cornel West se unieron a Mitch para formar un comité de disertación insuperable. Marvin Bressler, Bruce Western, Martin Ruef, Patricia Fernández-Kelly y Sara McClanahan también ofrecieron generosamente su tiempo y sus consejos. Las puertas de estos profesores de Princeton estuvieron siempre abiertas para mí, y a ellos debo los argumentos centrales de este libro. Parte de este trabajo tuvo su origen en un artículo publicado en la *American Sociological Review*.^[1] El editor Vincent Roscigno, el coeditor Randy Hodson y los revisores Steven López, Philip Kasinitz, Jack Katz y Patricia Adler me dieron comentarios cruciales (y amablemente me revelaron sus nombres después de que el artículo fuera aceptado).

El programa Scholars in Health Policy de la Fundación Robert Wood Johnson y la Universidad de Michigan me proporcionaron el tiempo y los recursos necesarios para revisar la tesis. En Ann Arbor, un magnífico grupo de compañeros posdoctorales revisó los borradores de los capítulos: Trevon Logan, Edward Walker, Gregg Mattson, Sarah Quinn, Brendan Nyhan, Graeme Boushey, Seth Freedman, Jamila Michner y Christopher Bail.

En la Universidad de California en los Ángeles (UCLA), una comunidad de académicos dedicados al estudio de la interacción

social y la vida urbana prestó espacio de oficina y aliento a una visitante a tiempo parcial. Por su apoyo y consejo, estoy especialmente en deuda con Jack Katz, Robert Emerson, Stefan Timmermans y Brandon Berry.

En la Universidad de Wisconsin, Erik Olin Wright, Mara Loveman, Joan Fujimura, Doug Maynard, John Delamater, Pamela Oliver, Monica White y Mustafa Emirbayer ofrecieron generosos comentarios. Estoy en deuda con ellos. Los estudiantes del seminario de licenciatura “El gueto” me dieron buenos consejos sobre los primeros borradores. Doy las gracias a Mitch Duneier por invitarme a impartir el curso con él mientras era estudiante de posgrado, así como a nuestros estudiantes en Princeton, Roma y Cracovia, y luego en Madison. También agradezco a los estudiantes del seminario de etnografía de Madison, a los participantes en el Taller de Métodos del Centro de Posgrado de la CUNY, al Grupo de Trabajo de Justicia y Desigualdad de Harvard y al Grupo de Trabajo de Etnografía de la UCLA sus atentas lecturas y sus útiles consejos sobre los borradores de los capítulos.

En el transcurso de esta investigación y redacción, varias personas organizaron conferencias, leyeron partes del libro o se tomaron el tiempo de mencionar cosas sobre el proyecto que moldearon significativamente mi pensamiento. Otros me brindaron su amistad cuando sentí que perdía la lucha por habitar simultáneamente las aulas universitarias y la comunidad de la Calle Sexta. Entre estos generosos amigos y colegas están Eva Harris, Rebecca Sherman, Sara Goldrick-Rab, Hilary Levey, Alexandra Murphy, Mafalda Cardim, Theo Strinopoulos, Kathleen Nolan, Forrest Stuart, Colin Jerolmack, Joseph Ewoodzie, Jooyoung Lee, Jacob Avery, Mariah Wren, Susanna Greenberg, Nikki Jones, Laura Clawson, Corey Fields, Matthew Desmond, Anna Haskins, John Sutton, Mario Small, Loïc Wacquant, Paul Willis, William Kornblum, Terry Williams, Megan Comfort, Iddo Tavory, Fredrick Wherry, Brian Kelly, Cristóbal Young, Glenn Loury, Javier Auyero, Monica White, Marion Fourcade y Diane Vaughan.

Carol Stack, Howard Becker y Herbert Gans han sido correspondientes inestimables; les agradezco todo lo que me han ense-

¹ [En castellano: Goffman, Alice, “Huyendo de la justicia. Jóvenes buscados en un gueto de Filadelfia”, *Cuestiones Criminales*, año 4, N° 7/8, Universidad Nacional de Quilmes, 2021, pp. 485-537. N. del T.]

ñado desde la distancia. Howard Becker, Robert Emerson, Jack Katz, David Garland, Bruce Western y Susanna Greenberg leyeron el manuscrito final con gran atención, aportando cada uno de ellos comentarios que lo mejoraron considerablemente. Doug Mitchell merece su reputación como el corazón del grupo editorial de la University of Chicago Press. Trabajar con él, y con sus colegas Tim McGovern y Levi Stahl, ha sido un gran regalo.

En las etapas finales de la redacción, conté con la magnífica ayuda de investigación y editorial de Morgen Miller, Martina Kunovic, Esther HsuBorger, Heather Gordon, Katrina Quisumbing King, Sarah Ugoretz, Matthew Kearney y Garrett Grainger. Sandra Hazel, de University of Chicago Press, prestó su considerable sabiduría y asistencia editorial al manuscrito final.

Este libro está dedicado a Chuck, el hermano mayor de Reggie y Tim, cuya risa y fuerza moral perduran en nuestra memoria.

Prefacio

El número de personas encarceladas en Estados Unidos se mantuvo bastante estable durante la mayor parte del siglo **xx**, en torno a una persona por cada mil habitantes.^[1] En la década de 1970, esta tasa comenzó a aumentar, y continuó una fuerte subida durante los siguientes treinta años.^[2] En la década de 2000, el número de personas entre rejas alcanzaba una tasa nunca vista en la historia de Estados Unidos: aproximadamente una por cada 107 personas de la población adulta.^[3] En la actualidad, Estados Unidos encarcela entre cinco y nueve veces más personas que los países de Europa occidental, y bastante más que China y Rusia.^[4] Aproximadamente, el 3% de los adultos del país está ahora bajo supervisión penitenciaria: 2,2 millones de personas en prisiones y cárceles, y otros 4,8 millones en *probation* y libertad condicional.^[5] En la his-

¹ US Department of Justice, "Prisoners 1925-81", Washington, Government Printing Office, 1982, p. 3.

² Uggen, Christopher, Jeff Manza y Melissa Thompson, "Democracy and the Civil Reintegration of Criminal Offenders", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, N° 605, 2006, pp. 285, 287-288.

³ US Department of Justice, "Correctional Populations in the United States, 2011", Washington, Government Printing Office, 2012, p. 1.

⁴ Walmsley, Roy, "World Prison Population List", Londres, International Centre for Prison Studies, 2011, pp. 3 y 5.

⁵ US Department of Justice, "Correctional Populations in the United States, 2011", Washington, Government Printing Office, 2012, p. 3.

toría moderna, solo los campos de trabajos forzados de la antigua URSS bajo Stalin se acercaban a estos niveles de confinamiento penal.^[6]

El hecho de que se haya quintuplicado el número de personas que se encuentran en las cárceles y prisiones de Estados Unidos en los últimos 40 años ha provocado pocas protestas públicas. A decir verdad, mucha gente apenas se da cuenta de este cambio, porque el creciente número de presos procede de forma desproporcionada de las comunidades negras pobres y segregadas. Los negros son el 13% de la población estadounidense, pero representan el 37% de la población penitenciaria.^[7] Entre los jóvenes negros, uno de cada nueve está en prisión, en comparación con menos del 2% de los jóvenes blancos.^[8] Estas diferencias raciales se ven reforzadas por las diferencias de clase. Son los jóvenes negros pobres los que están siendo enviados a prisión a un ritmo realmente asombroso: aproximadamente el 60% de los que no terminaron la escuela secundaria irán a prisión a mediados de sus 30.^[9]

Este libro es un relato sobre el terreno del *boom* carcelario en Estados Unidos: una mirada de cerca a los varones y mujeres jóvenes que viven en una comunidad negra pobre y segregada, transformada por niveles de encarcelamiento sin precedentes y por los

⁶ Solzhenitsyn, Alexandr, *The Gulag Archipelago*, Nueva York, Harper and Row, 1973 [en castellano: *Archipiélago Gulag*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005].

⁷ En la primera página de su histórico estudio sobre las condiciones sociales del distrito 7 de Filadelfia, W. E. B. DuBois incluyó la siguiente nota a pie de página: “A lo largo de este estudio utilizaré el término ‘Negro’ para designar a todas las personas de ascendencia negra, aunque el apelativo es hasta cierto punto ilógico. Además, pondré la palabra en mayúsculas, porque creo que ocho millones de estadounidenses tienen derecho a la mayúscula”. DuBois, W. E. B., *The Philadelphia Negro*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1899, p. 1. He puesto en mayúsculas la palabra “Negro” en este trabajo por las mismas razones, y para continuar en su camino. [Como lo señala aquí, Alice Goffman, al igual que DuBois, decidió colocar mayúscula inicial a la palabra “Black” en todo su libro; en esta traducción se optó por mantener en minúscula la “n” de la palabra “negro”. N del T.]

⁸ The Pew Center on the States, *One in 100: Behind Bars in America 2008*, Washington, Pew Charitable Trusts, 2008, p. 6.

⁹ Pettit, Becky y Bruce Western, “Mass Imprisonment and the Life-Course: Race and Class Inequality in U.S. Incarceration”, *American Sociological Review*, N° 69, 2004, pp. 151 y 164.

sistemas más ocultos de vigilancia y supervisión que los han acompañado. Dado que el miedo a la captura y el confinamiento se ha infiltrado en las actividades básicas de la vida diaria –trabajo, familia, amor, amistad e incluso la tan necesaria atención médica– es el relato de una comunidad que *huye*.^[10]

Me topé con este proyecto cuando era estudiante en la Universidad de Pensilvania. Durante mi segundo año empecé a dar clases particulares a Aisha, una estudiante de secundaria que vivía con su madre y sus hermanos en un barrio negro de bajos ingresos no muy lejos del campus. Por las tardes nos sentábamos a la mesa de plástico y metal de la cocina del departamento de dos habitaciones de su familia, con la vieja televisión a todo volumen, y trabajábamos en sus deberes de inglés o matemáticas. Después, su madre y sus tías se reunían en la entrada de su edificio y hablaban de sus hijos o veían pasar a la gente. Poco a poco, fui conociendo a los familiares, amigos y vecinos de Aisha. Cuando mi contrato de alquiler terminó, Aisha y su madre me sugirieron que tomara un departamento cercano.

Ronny, el primo de 14 años de Aisha, regresó a casa de un centro de detención juvenil ese invierno. Vivía con su abuela a unos diez minutos en auto. Comenzamos a tomar el colectivo para ir a visitarlo.

Pronto Ronny me presentó a su primo Mike, un joven delgado con una barba desaliñada y una mirada intensa. Con 22 años, Mike era un año mayor que yo. Rápidamente explicó que se encontraba en un bache económico temporal, viviendo en casa de su tío y sin auto para conducir. Un año antes tenía su propio automóvil y su propio departamento, y planeaba volver a ponerse en pie muy pronto. Mike parecía imponer cierto respeto a los demás jóvenes del barrio. Cuando un vecino le preguntó qué hacía una mujer blanca pasando el rato en el porche trasero con él, le respondió que

¹⁰ [“A community on the run” en el original. La expresión hace referencia al título del libro en inglés. N. del T.]

yo era la tutora de Aisha, que vivía cerca. Otras veces, explicaba que era la hermana espiritual de Aisha.

Durante las siguientes semanas, Mike me presentó a su madre, a su tía, a su tío y a su íntimo amigo Alex. Muchos centímetros más petiso y casi con el doble de peso que Mike, Alex parecía cansado y derrotado, como si no intentara triunfar en la vida sino evitar una tragedia mayor. Poco a poco supe que Mike y Alex eran dos miembros de un grupo de amigos muy unido. El tercer miembro, Chuck, estaba pasando su último año de escuela secundaria en la cárcel del condado, a la espera de ser juzgado por un cargo de agresión con agravantes por una pelea en el patio de la escuela. Mike lo extrañaba mucho, explicando que Chuck era el miembro del trío que siempre veía el vaso medio lleno. Como Chuck más tarde me dijo por teléfono desde la cárcel: “No tengo una mierda, pero estoy sano, no estoy mal, ¿me entiendes? Soy una persona feliz”.

Ese primer mes con Mike y Alex fue tranquilo, incluso aburrido. Nos sentábamos en el sillón del tío de Mike y compartíamos una cerveza, o pasábamos el rato en varias casas de sus amigos y vecinos. Algunas noches nos dirigimos a la casa de la madre de Chuck para que Mike pudiera tomar la llamada telefónica de su amigo desde la cárcel.

Luego, los policías allanaron la casa del tío de Mike en medio de la noche. Buscaban a Mike por un tiroteo, aunque él negó vehementemente cualquier implicación. Con una orden de arresto, pasó las siguientes semanas escondido en casas de amigos y familiares. Luego se entregó, pagó la fianza y comenzó el largo proceso judicial.

Nunca había conocido a una persona que se enfrentara a cargos penales y supe que se trataba de un acontecimiento grave y significativo en la vida de Mike. Pronto me enteré de que había pasado por otras dos causas penales en el último año: una por posesión de drogas y otra por posesión de un arma sin licencia. Chuck estaba en la cárcel del condado en espera de juicio, y Alex estaba completando dos años de libertad condicional, después de cumplir un año en la cárcel por drogas. El primo de Mike estaba en libertad bajo fianza. Su vecino vivía bajo arresto domiciliario. Otro amigo, que estaba

sin hogar y durmiendo en su auto, tenía una orden judicial por los honorarios de la corte no pagados.

Casi al final de mi segundo año, le pregunté a Mike qué le parecía que yo escribiera sobre su vida para mi tesis de doctorado en el Departamento de Sociología de Penn. Aceptó de buen grado, con la advertencia de que omitiera cualquier cosa que me pidiera mantener en secreto. Cuando Chuck volvió a casa de la cárcel esa primavera, recibí su permiso para incluirlo también. Con el tiempo, pedí a otros jóvenes y a sus familias que participaran.

Durante el año siguiente, pasé gran parte del día con Mike, Chuck y sus amigos y vecinos. Fui a los estudios de los abogados, a los juzgados, a la oficina de libertad condicional, a las salas de visitas de las cárceles del condado, a los centros de reinserción social, al hospital local y a los bares y fiestas del barrio.

Habiendo crecido en un barrio blanco y acomodado del centro de Filadelfia, aún no sabía que las tasas de encarcelamiento en Estados Unidos habían subido tan drásticamente en las últimas décadas. Solo tenía una vaga idea de la guerra contra el delito y la guerra contra las drogas, y ninguna idea de lo que estas iniciativas del gobierno federal significaban para los jóvenes negros que vivían en barrios pobres y segregados. Me esforcé por darles sentido a los helicópteros de la policía que circulaban por encima de nuestras cabezas, y a las búsquedas y registros de los jóvenes en las calles. Trabajé arduamente para aprender la terminología legal y los procesos jurídicos básicos.

Esa primavera, el caso relacionado con las armas de Mike terminó y un juez lo condenó a entre uno y tres años de prisión estatal. Poco tiempo después, me aceptaron en un programa de doctorado en Princeton. A lo largo de los cuatro años de estudios de posgrado seguí viviendo en el barrio de Aisha, yendo a la escuela y pasando muchas de las horas que me quedaban libres dando vueltas por la Calle Sexta con cualquiera de los chicos del barrio que estuviera en casa. Los fines de semana visitaba a Mike, Chuck y otros jóvenes del barrio en las cárceles de todo el estado. Con el tiempo, llegué a conocer a los miembros de la familia y a las novias mientras limpiábamos después de los allanamientos policiales, asistíamos a las

citas del tribunal y hacíamos largos viajes al norte del estado para las horas de visita en la prisión.

Las familias aquí descritas accedieron a que tomara notas con el fin de publicar algún día el material, y discutimos largamente el proyecto muchas veces. Por lo general, no hice preguntas formales al estilo de las entrevistas, y la mayor parte de lo que cuento aquí proviene de observaciones de primera mano de personas, eventos y conversaciones. Se han cambiado los nombres de las personas y sus características identificativas, así como el nombre del barrio. En un principio, Mike me sugirió que llamara a su barrio Calle Sexta en mis notas y trabajos trimestrales, y mantuve este seudónimo cuando el proyecto se convirtió en un libro.

A pesar de que agradezco la información que un grupo de oficiales de policía, jueces, oficiales de libertad condicional y guardias de la prisión proporcionó en entrevistas, este libro toma la perspectiva de los residentes de la Calle Sexta. Al hacerlo, ofrece un relato del *boom* carcelario y de sus prácticas más ocultas de vigilancia y policiamiento tal y como los jóvenes que viven en un barrio negro relativamente pobre de Filadelfia las experimentan y entienden. Tal vez estas perspectivas lleguen a importar en el debate sobre la política de justicia penal que ahora parece estar gestándose.

Introducción

En las décadas de 1960 y 1970, los estadounidenses afroamericanos alcanzaron los plenos derechos de ciudadanía que les habían sido esquivos durante siglos. Mientras defendían con éxito el derecho al voto, a circular libremente, a asistir a la universidad y a ejercer la profesión elegida, Estados Unidos comenzó a construir simultáneamente un sistema penal sin precedentes históricos ni comparación internacional.

A partir de mediados de la década de 1970, los gobiernos federal y estatal promulgaron una serie de leyes que aumentaban las penas por posesión, compra y venta de drogas; instituyeron penas más severas para los delitos violentos; y aumentaron el número de policías en las calles y el número de detenciones que estos agentes realizaban. La delincuencia callejera había aumentado drásticamente en las zonas urbanas en las décadas de 1960 y 1970, y los políticos de ambos bandos consideraron que la solución política y práctica era una fuerte represión de las drogas y la violencia. En la década de 1980, el crack provocó oleadas de delitos en las comunidades minoritarias pobres que impulsaron aún más las políticas punitivas contra la delincuencia iniciadas años antes.

En la década de 1990, el delito y la violencia en Estados Unidos iniciaron un prolongado descenso, aunque continuaron las políticas penales duras. En 1994, la Ley de Control de la Delincuencia Violenta y Aplicación de la Ley aportó miles de millones de dólares

federales a los departamentos de policía urbanos de todo el país y creó cincuenta nuevos delitos federales. Bajo el segundo gobierno de Bush, el apoyo casi unánime a las políticas de mano dura contra el delito por parte de la policía y los líderes cívicos acompañó a la proliferación de agencias policiales federales y estatales, unidades especiales y burós.^[1] Estas políticas aumentaron las sentencias por delitos violentos, pero también aumentaron las sentencias por prostitución, vagancia, apuestas y posesión de drogas.^[2]

La era de la mano dura contra el delito supuso un profundo cambio en la forma en que Estados Unidos gestiona las zonas guetizadas de sus ciudades. Durante la mayor parte del siglo *xx*, la policía ignoró los barrios negros pobres y segregados, como la Calle Sexta. Entre la década de 1930 y la de 1980, una época en la que se produjeron la Gran Migración, los pactos restrictivos de vivienda racial, el Movimiento por los Derechos Civiles, el aumento del desempleo, la erosión de los servicios sociales, la expansión del tráfico de drogas y la salida de gran parte de la clase media negra de las zonas pobres y segregadas de las principales ciudades,^[3] los informes de los observadores de primera mano describen a la policía de los barrios negros segregados como desinteresada, ausente y corrupta.^[4]

¹ Beckett, Katherine, *Making Crime Pay*, Nueva York, Oxford University Press, 1997, p. 73; Simon, Jonathan, *Governing through Crime*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, p. 241.

² Beckett, Katherine y Theodore Sasson, *The Politics of Injustice: Crime and Punishment in America*, Thousand Oaks, Pine Forge Press, 2000, p. 5.

³ Sobre las crecientes dificultades económicas y el aislamiento espacial al que se enfrentan los residentes de los barrios negros segregados de las ciudades estadounidenses después de 1970, véase Wacquant, Loïc y William Julius Wilson, "The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, N° 501, 1989, pp. 8-25.

⁴ Las etnografías urbanas han documentado el *laissez-faire* y la corrupción policial en los barrios negros segregados desde finales del siglo *xix* hasta la década de 1980. Sobre el hecho de que la policía hiciera la vista gorda ante las apuestas y la prostitución en la comunidad negra en los años treinta y cuarenta, véase Drake, St. Clair y Horace R. Cayton, *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Chicago, University of Chicago Press, 1993 [1945], p. 524. Sobre la corrupción generalizada entre la policía de la ciudad durante la década de 1960, véase Rubinstein, Jonathan, *City Police*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1973. Sobre la falta de intervención de la policía cuando surgieron disputas entre jóvenes negros en la década de 1970, véase Anderson, Elijah, *A Place on the Corner*, Chicago, University of Chicago

Esto empezó a cambiar en la década de 1960, cuando los disturbios en las principales ciudades y el aumento de la violencia y el consumo de drogas estimularon la preocupación nacional por el delito, especialmente en las zonas urbanas. El número de agentes de policía per cápita aumentó drásticamente en la segunda mitad del siglo *xx* en las ciudades de todo el país.^[5] En Filadelfia, entre 1960 y 2000, el número de agentes de policía aumentó el 69%, pasando de 2,76 agentes por cada 1.000 ciudadanos a 4,66 agentes.^[6] La década de 1980 trajo consigo leyes más estrictas en materia de drogas y sentencias más severas. En la década de 1990, el movimiento de mano dura contra el delito continuó, y los departamentos de policía urbanos de todo el país adoptaron lo que se conoció como policiamiento de tolerancia cero, y luego CompStat^[7] para seguir sus progresos.^[8]

Durante muchas décadas, la policía de Filadelfia había hecho la vista gorda ante la prostitución, el tráfico de drogas y los juegos de apuestas que se producían en las comunidades negras pobres. Pero a finales de la década de 1980, esa policía y los miembros de otras

Press, 1978, p. 2. Sobre el hecho de que la policía permitiera que florecieran los mercados de drogas al aire libre en los barrios negros en la década de 1980, véase Williams, Terry, *Crackhouse*, Reading, Addison Wesley, 1992, p. 84. Sobre el sistema de justicia *de facto* que los líderes de los proyectos de vivienda, los traficantes de drogas y unos pocos agentes de policía corruptos aplicaron en los proyectos de Chicago en las décadas de 1980 y 1990, véase Venkatesh, Sudhir, *Off the Books: The Underground Economy of the Urban Poor*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.

⁵ Reiss Jr., Albert J., "Police Organization in the 20th Century", *Crime and Justice*, N° 15, 1992, p. 56.

⁶ Los datos sobre el número de agentes de policía en Filadelfia proceden del Federal Bureau of Investigation, Uniform Crime Reports (1960 a 2000). Las estimaciones de población de Filadelfia proceden de la Oficina del Censo de Estados Unidos.

⁷ [CompStat (abreviación de Computer Statistics o Comparative Statistics) es el nombre dado al proceso de rendición de cuentas del Departamento de Policía de Nueva York, y ha sido reproducido desde entonces en muchos otros departamentos policiales. CompStat es una herramienta de gestión organizacional creada para los departamentos de policía, similar al Six Sigma o al TQM, y es parecido a la base de datos de la policía británica, que sirve a las fuerzas policiales de dicho país. N. del T.]

⁸ Para una investigación detallada de la creación y difusión de la política de mano dura contra el delito y su conexión con la reducción del bienestar y la desregulación del mercado en Estados Unidos, véase Wacquant, Loïc, *Prisons of Poverty*, Mineápolis, Minnesota University Press, 2009.

fuerzas policiales urbanas comenzaron a rechazar los sobornos y las coimas. De hecho, la corrupción parece haberse eliminado en gran medida como práctica general, al menos en el sentido de que las personas que trabajan en los niveles inferiores del tráfico de drogas pagan a la policía para que los dejen en paz. También durante este período se detuvo a un gran número de personas por consumo o posesión de drogas, y se las envió a cárceles y prisiones.

La represión de la economía de la droga en los barrios negros pobres se produjo al mismo tiempo que la reforma de la asistencia social recortó la ayuda que recibían las familias pobres y el tiempo que podían recibirla. A medida que el apoyo de la asistencia social se evaporaba, la “Guerra contra las Drogas” arrestaba a los que buscaban trabajo en el tráfico de drogas a gran escala.

En el año 2000, la población penitenciaria de Estados Unidos se quintuplicó con respecto a principios de la década de 1970. Una abrumadora mayoría de los hombres que van a la cárcel son pobres, y un número desproporcionado son negros. En la actualidad, el 30% de los hombres negros sin estudios universitarios han estado en la cárcel a mediados de sus 30 años. Uno de cada cuatro niños negros nacidos en 1990 tenía un padre encarcelado cuando cumplió los 14 años.^[9]

El sociólogo David Garland ha denominado a este fenómeno *encarcelamiento masivo*: un nivel de encarcelamiento marcadamente por encima de la norma histórica y comparativa, y concentrado entre ciertos segmentos de la población de tal manera que “deja de ser el encarcelamiento de delincuentes individuales y se convierte en el encarcelamiento sistemático de grupos enteros”.^[10] El sociólogo Loïc Wacquant y la socióloga jurídica Michelle Alexander han argumentado que los niveles actuales de encarcelamiento selectivo representan un nuevo capítulo en la opresión racial estadounidense.^[11]

⁹ Wildeman, Christopher, “Parental Imprisonment, the Prison Boom, and the Concentration of Childhood Disadvantage”, *Demography*, N° 46, 2009, p. 270.

¹⁰ Garland, David, “Introduction: The Meaning of Mass Imprisonment”, en Garland, David (ed.), *Mass Imprisonment: Social Causes and Consequences*, Londres, Sage, 2001, pp. 1-2.

¹¹ Sobre el hiperencarcelamiento específicamente, véase Wacquant, Loïc, “Race, Class, and

Desde la década de 1980, la “Guerra contra el Crimen” y la “Guerra contra las Drogas” han sacado a millones de jóvenes negros de la escuela, el trabajo y la vida familiar, los han enviado a las cárceles y prisiones y los han devuelto a la sociedad con condenas por delitos graves. Pasar tiempo en la cárcel y la prisión significa menores salarios y desajustes en el empleo. Este tiempo de ausencia se produce durante los años críticos en los que otros jóvenes están terminando sus estudios y casándose. Las leyes en muchos estados niegan, a los que tienen condenas por delitos graves, el derecho a votar y el derecho a postularse en la política, así como el acceso a muchos empleos gubernamentales, vivienda pública y otros beneficios. Las personas negras con antecedentes penales están tan discriminadas en el mercado laboral que los puestos de trabajo a los que pueden optar legalmente son bastante difíciles de obtener.^[12] Estas restricciones y desventajas no solo afectan a los hombres que pasan por el sistema penitenciario, sino también a sus familias y comunidades. Tantos hombres negros han sido encarcelados y devueltos a sus hogares con condenas por delitos graves, que la prisión desempeña ahora un papel central en la producción de grupos desiguales en la sociedad estadounidense, haciendo retroceder los avances en materia de ciudadanía y posición socioeconómica que los negros lograron durante el Movimiento por los Derechos Civiles.^[13]

Hyperincarceration in Revanchist America”, *Daedalus*, vol. 139, N° 3, 2010, pp. 74-90. El trabajo teórico y empírico de Wacquant sobre el sistema penal estadounidense en expansión y su importancia para la política y las relaciones raciales de Estados Unidos fue una importante inspiración para este volumen, y puede verse en “The New Peculiar Institution: On the Prison as Surrogate Ghetto”, *Theoretical Criminology*, vol. 4, N° 3, 2000, pp. 377-388; “Deadly Symbiosis: When Ghetto and Prison Meet and Mesh”, *Punishment & Society*, vol. 3, N° 1, 2001, pp. 95-133; *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*, Cambridge, Polity Press, 2008; y *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity*, Durham, Duke University Press, 2009.

¹² Pager, Devah, *Marked: Race, Crime, and Finding Work in an Era of Mass Incarceration*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 4-5.

¹³ Western, Bruce, *Punishment and Inequality in America*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2006, especialmente p. 191.

La Calle Sexta es una amplia avenida comercial, y las cinco manzanas residenciales que conectan con ella desde el sur forman un pequeño barrio epónimo. En las décadas de 1950 y 1960, el barrio de la Calle Sexta había sido una zona judía de clase media; a principios de la década de 1970 se estaba abriendo a los residentes negros.

Cuando llegué al barrio en 2002, el 93% de sus residentes eran negros. Adultos y niños se apostaron en su intersección de calles más concurrida, ofreciendo CD y DVD piratas, artículos robados y comida a los conductores y transeúntes. En la principal calle comercial había una tienda de comida china para llevar con vidrios a prueba de balas que vendía alitas de pollo fritas, cigarrillos sueltos llamados *loosies*, preservativos, comida para bebés y papelillos para fumar crack. La calle también incluía una tienda de cambio de cheques, una peluquería, una casa de préstamos de día de pago, un restaurante Crown Fried Chicken y una casa de empeño. En la siguiente manzana, una familia puertorriqueña tenía un supermercado en la esquina. Aproximadamente una cuarta parte de los hogares del vecindario recibía cupones de vivienda,^[14] y en todos menos dos hogares, las familias recibían algún tipo de ayuda gubernamental.^[15]

La Calle Sexta no es el barrio más pobre ni el más peligroso del gran sector negro de Filadelfia del que forma parte, ni mucho menos. En las entrevistas con los agentes de policía, descubrí que no era una de sus prioridades, ni consideraban que el barrio fuera especialmente peligroso o estuviera plagado de delitos. Los residentes de los barrios adyacentes hablaron de la Calle Sexta como un barrio tranquilo y apacible, al que se mudarían con gusto si tuvieran suficiente dinero.

Aun así, la Calle Sexta no se ha librado de tres décadas de política punitiva en materia de drogas y delitos. Para el año 2002, se habían establecido toques de queda policiales para los menores de 18 años, y se habían colocado cámaras de vigilancia en las principales calles. En los primeros dieciocho meses que pasé en el barrio, al menos una vez al día veía cómo la policía paraba a los peatones o a la gente que iba en autos, los registraba, comprobaba sus nombres en busca de órdenes judiciales, les pedía que se presentaran para interrogarlos o los detenía.^[16] En ese mismo período de 18 meses, vi cómo la policía derribaba puertas, registraba casas e interrogaba, detenía o perseguía a personas por las casas 52 veces. Nueve veces, helicópteros de la policía sobrevolaron sobre nosotros y sus reflectores enfocaban sobre las calles locales. Observé que había cuadras encintadas y que el tráfico se desviaba mientras la policía buscaba pruebas –o, en lenguaje policial, aseguraba la escena del delito– 17 veces. En 14 ocasiones durante mis primeros 18 meses de observación casi diaria, vi a la policía dar puñetazos, estrangular, patear, pisotear o golpear a los jóvenes con sus porras.

Los problemas de las drogas y la violencia con armas de fuego son reales en la comunidad de la Calle Sexta, y la policía que acude al barrio intenta resolverlos con los pocos poderes que se le han concedido: el de la intimidación y el de la detención. Sus esfuerzos no parecen impedir que jóvenes como Mike y Chuck intenten ganar dinero vendiendo drogas o se involucren en conflictos violentos; si están contribuyendo a reducir los índices generales de delitos queda fuera del alcance de este estudio.

Cualquiera que sea su efecto sobre el delito, el gran alcance del policiamiento y el encarcelamiento en los barrios negros pobres está transformando la vida de la comunidad de manera profunda y duradera, no solo para los jóvenes que son sus objetivos, sino para sus familiares, parejas y vecinos.

¹⁴ [Un vale de vivienda es un bono que se puede gastar en viviendas de alquiler. N. del T.]

¹⁵ De los 217 hogares encuestados por Chuck y yo en 2007.

¹⁶ En estos 18 meses de trabajo de campo diario, solo hubo cinco días en los que no observé ninguna actividad policial.

Gente limpia y sucia

Dado que los empleos decentes y bien pagados son siempre escasos, las comunidades negras llevan mucho tiempo divididas entre los que pueden obtener un empleo respetable y los que ganan su dinero realizando trabajos peligrosos y profanos. En la década de 1890, W. E. B. DuBois apodó a este último grupo el “décimo sumergido”.^[17] En la década de 1940, los sociólogos de Chicago St. Clair Drake y Horace Cayton se refirieron a estos grupos como los *respectables* y los *sospechosos*. Basándose en los términos utilizados con frecuencia en la comunidad negra, el sociólogo Elijah Anderson llamó a esta distinción la división entre lo *decente* y lo *callejero*.^[18] Aunque la línea entre lo decente y lo callejero ha sido reconocida y elaborada por los académicos, esas divisiones surgieron primero como categorías populares que los residentes de los barrios negros segregados utilizaban para establecer distinciones entre ellos.

En la época actual, en la que la policía sobrevuela en círculos y la amenaza de prisión pesa sobre los residentes de los barrios, las antiguas divisiones sociales dentro de la comunidad negra se han visto exacerbadas por la cuestión de la capacidad jurídica.

Un hecho social central acerca de cualquier persona que vive en la comunidad de Calle Sexta es su estado legal; más específicamente, si es probable que la persona atraiga la atención de la policía en el futuro: si puede pasar por un control policial, o regresar a casa después de una audiencia en la corte, o pasar una “prueba de orina” durante una cita de libertad condicional. Aquellos que no tienen enredos legales pendientes o que pueden pasar con éxito una detención policial, una audiencia judicial o una reunión de libertad condicional son conocidos como *limpios*. Aquellos que probable-

mente serán arrestados si las autoridades lo detienen, comprueben sus nombres o los registren son conocidos como *sucios*.

Estas designaciones son ocasionales, y salen a la luz cuando un encuentro con las autoridades es inminente o acaba de producirse. Cuando los amigos y vecinos se enteran de que un joven ha sido detenido, su primera pregunta suele ser: “¿Está sucio?”. Esta pregunta significa: ¿Tiene una orden judicial vigente? ¿Estaría violando alguna sentencia de *probation* o libertad condicional al encontrarse con la policía? ¿Llevaba drogas? En resumen, si se encuentra con la policía, ¿regresará a su cama esta noche, o será capturado?

Sin embargo, las designaciones de “limpio” y “sucio” no son solo estimaciones en el momento, ocasionadas por el contacto con el sistema de justicia penal. También se convierten en etiquetas más generales que se adhieren a individuos o lugares con el paso del tiempo. Mientras que algunas personas tienen fama de estar en regla con la ley, se supone que otras son susceptibles de ser arrestadas si las autoridades las detienen. Estas designaciones adquieren importancia incluso cuando la parada policial no es inminente, porque están vinculadas a distintos tipos de comportamiento, actitudes y capacidades. Por ejemplo, una persona limpia puede alquilar un automóvil o una habitación de hotel, o mostrar el documento de identidad necesario para entrar en diferentes edificios. Una persona sucia puede ser explotada de varias maneras, ya que se supone que no podrá avisar a las autoridades.

Como los hombres son en gran medida los que se ven atrapados en el sistema de justicia penal, existe en parte una división de género: en muchas parejas, la mujer está limpia y el varón sucio. Además, la mujer no solo está libre de enredos legales, sino que probablemente trabaja en la economía formal o recibe ayuda del gobierno, mientras que el varón obtiene sus ingresos esporádicos en la calle, haciendo cosas por las que podría ser detenido. También hay una brecha de edad: en su inmensa mayoría, son los jóvenes los que se ven envueltos en complicaciones legales, no las personas mayores. Y, en tercer lugar, existe una división de clases, ya que lo más habitual es que sean los jóvenes desempleados sin título de

¹⁷ DuBois, W. E. B., *The Philadelphia Negro*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1996 [1899].

¹⁸ Esta división social clave en la comunidad negra puede verse en el primer libro de Anderson, *A Place on the Corner*. Se puede encontrar un desarrollo más formal en Anderson, Elijah, *Code of the Street*, Nueva York, W. W. Norton, 1999, “Decent and Street Families”, pp. 35-65.

secundaria los que se oculten y evadan a la policía, los que tienen sentencias de *probation* que cumplir y causas judiciales que atender.

Es probable que las personas sucias sean más conscientes de su condición que las limpias de la suya, del mismo modo que los negros pueden pensar en la raza más a menudo que los blancos, o los homosexuales pueden pensar en la orientación sexual más a menudo que los heterosexuales. Pero las personas limpias que viven en el barrio de la Calle Sexta y sus alrededores tienen tan a menudo parientes, amigos y vecinos que miran por encima de su hombro que estas categorías siguen siendo un tanto relevantes independientemente del lado en el que se encuentre una persona.^[19]

Los residentes del barrio distinguen además entre las personas que pueden ser detenidas si las autoridades hacen un barrido general, y aquellas a las que las autoridades están buscando agresivamente. Se dice que las personas en las que la policía está especialmente interesada son “calientes”. Los lugares también pueden ser calientes, como en una manzana con mucha actividad policial reciente o en el funeral de un joven abatido, donde es probable que la policía busque a personas relacionadas con el caso o con otras órdenes de detención pendientes. En estos casos, suele decirse que no hay que entrar en la zona o el evento, ni relacionarse con el individuo, hasta que se enfríe.

Mientras que las categorías de limpio/sucio y caliente/frío se centran en el riesgo de que una persona sea detenida o en la pro-

babilidad de que un lugar atraiga la atención de la policía, los residentes también establecen distinciones entre ellos según la forma en que una persona trata los enredos legales de los demás. Aquellos que continúan teniendo relaciones con un joven una vez que se convierte en buscado, que lo protegen, lo ayudan a esconderse y a huir, o que lo apoyan mientras están encerrados, son conocidos como *jinetes*^[20] –un término que indica coraje y compromiso–. Se dice que “no montan bien” los que se vuelven contra un hombre una vez que llega la orden de detención, o los que no apoyan a su pareja o a un familiar una vez que esa persona es enviada a la cárcel o a la prisión. Quienes van un paso más allá y facilitan a la policía información sobre el paradero o las acciones de una persona legalmente precaria son conocidos como “soplones” o “ratas”. Denominaciones como la persona limpia, la persona sucia, la persona caliente, el soplón y el jinete se han convertido en categorías sociales básicas para hombres y mujeres jóvenes en barrios negros fuertemente policiados.

Los primeros capítulos del libro se refieren al mundo sucio: los jóvenes que pasan su adolescencia y principios de los años 20 huyendo de la policía, entrando y saliendo de la cárcel y tratando de completar las penas de *probation* y de libertad condicional. Estos capítulos reflejan mi intento de comprender este mundo a través de los ojos de Mike y Chuck y sus amigos, jóvenes que viven con el miedo diario a la captura y el confinamiento. Dado que el alcance del sistema penal va más allá de los jóvenes que son sus principales objetivos, los capítulos posteriores retoman la perspectiva de las novias y las madres atrapadas entre la policía y los hombres en sus vidas; de los jóvenes que han encontrado formas innovadoras de sacar provecho de las desgracias legales de sus vecinos; y, finalmente, de los residentes del vecindario que han logrado mantenerse alejados del sistema penal y de los que están enredados en él. El apéndice relata la investigación en la que se basa este trabajo, junto con algunas reflexiones personales sobre los dilemas prácti-

¹⁹ Incluso los negros de clase media, respetables y bien conectados de Filadelfia son conscientes de estas distinciones hasta cierto punto. En 2007, me pidieron que formara parte de un grupo de trabajo para redactar un informe político para el representante del Congreso Chaka Fattah, que se presentaba a la alcaldía. El grupo estaba compuesto por mí y por seis distinguidos negros de Filadelfia, entre los que se encontraban tres abogados, dos organizadores comunitarios de larga trayectoria y un escritor del *Philadelphia Daily News*. La primera reunión se celebró en un edificio de gran altura en Center City. Cuando se terminó, el ascensor no funcionaba, así que tomamos las escaleras. Al acercarnos a la segunda planta, oímos ruidos de golpes y, tras discutir un poco y escuchar más, llegamos a la conclusión de que alguien debía estar atascado dentro del ascensor. Uno de los abogados sugirió que llamáramos a los bomberos. Ante esta sugerencia de alertar a las autoridades, el periodista bromeó: “¡Espero que nadie tenga ninguna orden de detención!”. Las risas no faltaron.

²⁰ [*Riders* en el original en inglés. N. del T.]

cos y éticos de una joven blanca de clase media que informa sobre las experiencias de los jóvenes negros pobres.

En conjunto, los capítulos argumentan que las tasas de encarcelamiento históricamente elevadas y el intenso policiamiento que las ha acompañado están transformando los barrios negros pobres en comunidades de sospechosos y fugitivos. Un clima de miedo y sospecha impregna la vida cotidiana, y muchos residentes viven con la preocupación diaria de que las autoridades los detengan y se los lleven. Un nuevo entramado social emerge bajo la amenaza del encierro: tejido en la sospecha, la desconfianza y las prácticas paranoicas del secreto, la evasión y la imprevisibilidad.

Sin embargo, los residentes del barrio están construyendo una vida con significado entre ellos y entre los controles policiales y los encuentros de la *probation*. El alcance del castigo y la vigilancia no les impide construir un mundo moral en el que puedan encontrar la dignidad y el honor; y las luchas de los jóvenes, hombres y mujeres, para negociar el trabajo, la familia, el romance y la amistad en esta zona hiperpoliciada, bajo la amenaza del confinamiento, constituyen una parte tan importante de la historia como las redadas nocturnas o los registros corporales completos.

Capítulo I

Los chicos de la Calle Sexta y sus enredos legales

Chuck y Tim

En las tardes tranquilas, Chuck pasaba el tiempo enseñando a su hermano de 12 años, Tim, a huir de la policía. Se sentaban uno al lado del otro en los escalones de hierro del porche trasero de su casa de dos pisos, frente al callejón de hormigón compartido que conecta los pequeños patios traseros vallados de su edificio con los de las casas de al lado.

—¿Qué vas a hacer cuando oigas las sirenas? —preguntó Chuck.

—Comienzo a correr —respondió su hermano pequeño.

—¿Adónde vas a huir?

—Aquí.

—No puedes huir aquí: saben que vives aquí.

—Me esconderé en el cuarto trasero del sótano.

—¿Crees que no van a derribar esa pequeña puerta?

Tim se encogió de hombros.

—¿Conoces a la señorita Toya?

—Sí.

—Puedes ir allí.

—Pero la conozco de vista.

—Exactamente.

—¿Por qué no puedo ir a casa del tío Jean?